

# Farsa para no dormir en el parque

Asunto teatral en tres cuadros.

Escribe: GUSTAVO ANDRADE RIVERA

## PERSONAJES POR ORDEN DE APARICION

GUSTAVO

GUARDIA

LUZ

BARRENDERO

CUNGACUNGA

PROFETA ELISEO

EL SAPO

LA PIZARRA

EL FUNDADOR

PADRE FERNANDEZ

EL POETA

PRIMER ALCALDE

SEGUNDO ALCALDE

GAMONAL

NIÑA PRIMERA EN TRICICLO

NIÑA SEGUNDA EN TRICICLO

TRAMOYISTAS

## PRIMER CUADRO

Parque donde hay una pila, un busto, un pedestal, un obelisco, escaños y faroles.

La pila es de bronce, con filigranas y bocas de dragón, pero pozo y brocal están forrados en azulejo vulgar y chillón.

Salta a la vista que en el busto —aunque de mármol— también se escatimaron los pesos y se tasaron los centavos.

El pedestal es eso: simplemente un pedestal. La frustración de algún alcalde que quiso alzar la estatua de alguien y el empeño se le quedó en obra negra. Quizás le flaqueó el presupuesto. Quizás hubo cambio de alcalde. *Gustavo* está allí, acodado sobre su remate, muy quieto —estatuario— dando la impresión de que se trata de otro busto.

El obelisco —un sencillo y sobrio monolito— tiene un labrado con nombres de mártires.

Los escaños son tres, de hierro primorosamente forjado.

A la luz menguada de los faroles se verán estos detalles, y un suelo sucio, cubierto de papeles, maderos, colillas y hojas de árboles. Y como aquí se sueña, la medialuz debe crear desde el comienzo y mantener durante toda la obra, esa atmósfera de irrealidad, de ensueño, que hace las cosas más livianas —ingrávidas— y hasta quita la grosería y suciedad de las basuras del piso.

Como en un sueño, pues, la luz se va volviendo mortecina, hasta llegar a la oscuridad total. Rompe entonces, bruscamente, la luz de una linterna de mano apuntada a *Gustavo* —que alcanza a esconderse— y aparece el *guardia* para realizar una investigación meticulosa después de la cual, satisfecha ya su curiosidad, se va.

Vuelve lentamente la medialuz, *Gustavo* se recompone en el pedestal, y llama una voz de mujer.

\* \* \*

*Voz de Luz*—*Gustavo*... *Gustavo*... (Entra *Luz*).

*Luz* (buscando)—*Gustavo*... *Gustavo*... *Gustavo*... (*Gustavo* no responde y *Luz* acaba por recostarse en el pedestal). *Gustavo*... (Lo vería si alzara los ojos, pero solo busca en contorno. La hora llega —dos campanadas— de la iglesia vecina. *Luz* tiene un sobresalto). Dios mío, las dos de la mañana. (Y sale llamando). *Gustavo*... *Gustavo*... *Gustavo*...

(*El barrendero*—al fondo—Inicia su labor de limpieza. Y llega *Cungacunga*, tocando dulzaina. Mejor dicho, con la mímica de tocarla, mientras la verdadera música va por dentro, en tocadiscos o grabadora. No hace falta, por otra parte, una sincronización perfecta. Todo lo contrario, conviene que se vea la trampa. Dárselas de músico sin pretensiones de engañar —y de fotógrafo, como se verá adelante— hace parte de su personalidad tontuna. Además, toda su expresión se limita a frases cortadas —telegráficas— y a la estúpida continela —“*Cungacunga* ere yo, *cungacunga* ere yo, *cungacunga* ere yo”— a la cual debe su nombre).

*Cungacunga*—*Cungacunga* ere yo, *cungacunga* ere yo, *cungacunga* ere yo... (Alternando dulzaina y canturreo, el tonto da vueltas hasta que resuelve acomodarse en uno de los escaños —el más retirado, que debe estar de espaldas y un poco escondido— y ahí queda con todas sus morisquetas.

(Menos simple que *cungacunga*, aunque ignorante de todas maneras —buen hombre del pueblo que apenas aprendió a leer y escribir— el *profeta Eliseo* duerme en el parque. Ahí llega en busca de cama. Tiene 80 años —mucho se ve y se oye en 80 años— y una memoria de prodigio. A estas horas de la vida su oficio es la memoria. Se sabe el pasado y lo cuenta como si solo él lo supiera. Como si vaticinara. Es, a su manera —por el acento de anuncio, de descubrimiento, por la seguridad en las fechas— un profeta retrospectivo. Vaticina el pasado. Por eso, y por la casualidad del nombre bíblico, la gente dio en llamarlo *profeta Eliseo*. Como fuma de lo que encuentra, ahí llega todo encorvado, buscando colillas, tanteándolas con los pies desnudos antes de agacharse y tomarlas para una segunda y más cuidadosa investigación de manos y ojos. Se agacha una media docena de veces antes de tenderse en otro escaño, haciendo al-

mohada de un brazo y tirando bocanadas azules. Cruzan por el fondo —donde todavía sigue el *barrendero*— sombras presurosas. Y aparece —borracho, cantando— *el Sapo*).

*El Sapo*—“Oye, bajo las ruinas de mis pasiones, y en el fondo de esta alma que nada alegra, entre polvo de sueños y de ilusiones, brotan enterrecidas mis flores negras”. (Es un canturreo gangoseado —de borracho— a tiempo que da traspies y manoteos sin sentido, sorprendiéndose de todo, como si sus ojos de batracio —razón del apodo— vieran por primera vez el parque que conoce desde hace más de 50 años. Así, de sorpresa en sorpresa, acaba por alelarse ante el obelisco. Después de mirarlo y remirarlo, se le aclara un poco la mente. Ya recuerda. Además, ahí está la placa. Se cambia del canturreo a la lectura a media voz de los nombres grabados, y se pone sentimental. La voz se le quiebra). Pobrecitos... Pobrecitos... (Al mismo tiempo palmotea el monolito). Pobrecitos... Pobrecitos... (Al público). Los fusilaron, pobrecitos... Los fusilaron... ¿Recuerdan que los fusilaron? (Pausa para la respuesta que no llega). ¿Se acuerdan de ellos? (Pausa). Contesten, ¡carajo! Respondan, ¡agricultores y ganaderos! ¿Se acuerdan de estos muertos? Ustedes no saben nada, ¡pendejos! Ahí están los nombres de sus abuelos, que fueron héroes y mártires, y nadie lo sabe. Ahí están... ahí... Y ahí los fusilaron, pobrecitos. Aquí mismo, en esta plaza, el día... (vacila y tiene que consultar la placa)... el día... el día... (No puede).

*Profeta Eliseo* (de pie, augural, interrumpiendo al *Sapo* que no acierta a leer la fecha)—El día 18 de septiembre de 1816, jueves.

*El Sapo* (aplaudiendo)—¡Bravo! ¡Bravo Poeta! ¿Usted estaba aquí cuando los fusilaron?

*Profeta Eliseo*—De esto hace exactamente 146 años, 4 meses y 6 días, porque hoy es 24 de mayo de 1962, y yo solo tengo 81 que cumplí en abril pasado. Pero mi papá sí. Mi papá sí alcanzó a ver. Vio, oyó y me lo contó. Vio como iban cayendo uno a uno. Oyó las descargas de la fusilería. Y me lo contó un 18 de septiembre, el 18 de septiembre de 1891, cuando se inauguró ese monumento el día que los fusilados cumplieron 75 años de muertos. Para entonces yo solo tenía 10, y mi papá 93, porque nació en 1808, para un Sampedro que cayó en sábado.

*El Sapo* (que durante la parrafada de fechas permanece abrazado al monumento)—Pobrecitos... pobrecitos... Los fusilaron, pobrecitos. (Al público). ¿Saben por qué los fusilaron? (Pausa). ¡Pendejos! ¡Ustedes no saben nada! ¿Por qué los fusilaron, Profeta?

*Profeta Eliseo*—Por haber firmado el acta de independencia el 8 de febrero de 1814, miércoles.

*El Sapo*—Nooo... ¡No! Eso fue lo que ellos creyeron. ¿La independencia para qué? ¿La libertad para qué? ¿Para que estos pendejos engorden y tengan buenas cosechas y buenos reproductores en sus fincas? (Al obelisco). ¡Pendejos! ¡Ustedes también son unos pendejos! ¡Hacerse matar por eso! (Y despreocupado de los mártires, vuelve a canturrear). “Oye, bajo las ruinas de mis pasiones...” (Canturrea hasta que cae en la cuenta de *cungacunga*). ¡Cungacunga! Un retrato, ¡Cungacunga! (Se aquieta en una pose muy cómica).

*Cungacunga* (dejando el escaño con mucho entusiasmo)—¡Retrato! ¡Retrato! (Con gran mímica —cámara imaginaria en la mano derecha, en alto la otra— previene). ¡Quieto!, ¡Pajarito! ¡Yaaa! (Estira el dedo corazón de la mano derecha en una soberana pistola, suelta una risotada tontuna, y rompe a cantar). *Cungacunga* ere yo, *cungacunga* ere yo, *cungacunga* ere yo...

*El Sapo* (del brazo de *Cungacunga* y trastabillando los dos)—Oye, bajo las ruinas de mis pasiones... etc. (Después de varias vueltas, cantando cada uno por su lado, tropiezan con el busto y se deshace el abrazo. Por ahí queda el tonto, mientras *El Sapo* —como antes en el obelisco— da palmadas cariñosas a la base del busto). Poeta, poeta. ¡Que viva el poeta! (Empieza a recitar). “Atropellados por la pampa suelta...”. (Se interrumpe porque entra *La Pizarra* en dirección al tercer escaño, y eso lo distrae. Mirándola reinicia el soneto). “Atropellados por la pampa suelta... los raudos po... tros en febril dis... puta...”.

*La Pizarra* (ya sentada y como si solo hubiera oído la parte final del verso)—¿Quién me llama?

*El Sapo*—Yo, yo.

*La Pizarra*—Pero si es don Sapo. Siglos tenía de no ver a don Sapito. Usted es como todos: olvidan a la vieja Pizarra. Cuando están muchachos, Pizarra por aquí y Pizarra por allí. Pero en cuanto han aprendido conmigo las primeras letras, se van y se olvidan de La Pizarra.

*El Sapo*—Usted es inolvidable, Pizarra. Y un día... (como si se tratara de recitar a Barba Jacob)... un día..., un día... habrá que levantarle un monumento en esta plaza. Hay que ser agradecidos. Un monumento como esos. ¡No! ¡Mejor que esos! Le voy a escribir a Arenas Betancur. Eso es. Un monumento como el de Pereira, pero sin caballo. ¡Yacente! Yacente en una cama dorada. Eso es lo apropiado. La Pizarra yacente. Y una placa que diga: sirvió a los hombres desde... ¿desde cuándo?

*La Pizarra*—Pues haga la cuenta. Yo nací en 1909.

*El Sapo*—No. Esa no, Pizarra. La que importa es... la otra fecha.

*La Pizarra* (entre sonreída y escandalizada)—¡Uyyy! De eso si no me acuerdo. Yo era muy niña entonces.

*Profeta Eliseo*—24 de junio de 1923, día de San Juan, y la muchacha tenía entonces 14 años, porque nació como ella dice en 1909, el 10 de mayo, lunes.

*El Sapo*—¿Eso también se lo contó su papá?

*Profeta Eliseo*—Eso casi... casi que me toca verlo, porque es historia reciente.

*El Sapo*—Diga entonces quién fue, para poner el nombre junto a la fecha.

*Profeta Eliseo*—Hay señoras, don Sapo. Se cuenta el milagro pero se calla el santo.

*El Sapo*—¿Usted sí lo dice, Pizarra?

*La Pizarra*—Ya se lo oyó al Profeta: se cuenta el milagro pero se calla el santo. Por eso nunca tuve problemas. Desde Eva hasta que el mundo deje de ser mundo, lo que cuenta en mi oficio es saber callar.

*El Sapo*—El oficio más antiguo del mundo. Y el más noble. (*La Pizarra* insinúa un gesto de protesta por el elogio, y *El Sapo* remacha). Sí señora: el más noble. ¿O no es noble un oficio al cual se le da tanta publicidad? ¿Es que usted no ve los periódicos ni va a cine? Pues déjese de modestias, que usted no es menos que Marilyn, que Brígida o que Elisabeth, que... que otras tantas que sí han tenido buena publicidad. Calle los nombres, si es que no quiere problemas, pero dígame a la historia cuántos hombres estamos en mora de alzarle un monumento a razón de ladrillo por... por barba.

*La Pizarra*—¡Uy! Eso sí es una cuenta como para el Profeta. ¡Imagínese! Tengo 53, y empecé a los 14. A usted lo conocí cuando andaba en los 18, cuando también era aguadora y venía a este parque en donde usted y otros de su laya perseguían a las mucharejas de entonces. ¿Se acuerda?

*El Sapo*—Eso jamás se olvida, Pizarra. ¡53 años! Y todavía...

*La Pizarra*—Todavía. Hay que vivir, don Sapo. Hay que comer todos los días.

*El Sapo*—¡Admirable! Nació en... (vacila).

*Profeta Eliseo*—El lunes 10 de mayo de 1909.

*El Sapo*—Nació en 1909, "y sigue tan campante". Tiene... (vacila).

*Profeta Eliseo*—53 años.

*El Sapo*—Tiene 53 años y todavía... todavía... Hay que hacer bien la cuenta para calcular los ladrillos. ¿Todos los hombres del pueblo?

*La Pizarra*—¡Jesús! Todos no.

*El Sapo*—¿No?

*La Pizarra*—Solo la sociedad, lo que vale. Siempre he sido muy digna, como a usted le consta.

*El Sapo*—¿Concejales?

*La Pizarra*—Concejales.

*El Sapo*—¿Diputados?

*La Pizarra*—Diputados.

*El Sapo*—¿Alcaldes?

*La Pizarra*—Alcaldes.

*El Sapo*—¿Jueces?

*La Pizarra*—Jueces.

*El Sapo*—¿Magistrados?

*La Pizarra*—Magistrados.

*El Sapo*—¿Gobernadores?

*La Pizarra*—Gobernadores.

*El Sapo*—¿Niños?

*La Pizarra*—De los doce en adelante. Recuerde que por algo me pusieron *La Pizarra*.

*El Sapo*—¿Viejos?

*La Pizarra*—Hasta la edad en que vuelven a ser niños. Por eso no pierdo las esperanzas con usted, don Sapo. Un día de estos lo veo volver.

*El Sapo*—¿Volveremos! (Por el público). ¿Toda esta gente?

*La Pizarra* (después de una mirada)—Algunos. (Observa con más cuidado). La mayor parte. Ya se lo dije: la sociedad, lo que vale.

*El Sapo* (en tono oratorio)—¡Monumento! Un gran monumento para la mujer que ha servido a tres generaciones de hombres! Abuelos, hijos, nietos: ¡uníos para la gran campaña del monumento a *La Pizarra*! A la mujer cuya alcoba ha sido —según la clientela— concejo y asamblea, alcaldía y gobernación, juzgado y tribunal! Un monumento para la antigua, la noble, la abnegada servidora de la comunidad. (Como si la estatua ya estuviera allí). ¡*La Pizarra* yacente! (Queda en éxtasis, mientras la mujer multiplica los gestos de protesta. Sale del trance para ordenar a *Cungacunga*). ¡*Cungacunga*! ¡Un retrato de *La Pizarra* mientras llega la estatua! (Y se pone a canturrear despreocupadamente). “Oye, bajo las ruinas... etc.”.

*Cungacunga* (luego de tomar la foto con todas las formalidades ya conocidas). *Cungacunga* ere yo, *cungacunga* ere yo... etc.

*El Sapo*—“Oye, bajo las ruinas...”. (Toma del brazo a *Cungacunga* y vuelven a voltear por la escena. En una de esas, porque casi se caen, *El Sapo* toma otra vez conciencia del público). ¡Pendejos! Ustedes no saben nada— ¡*Cungacunga*! ¡Retrato de estos pendejos! (Empuja al tonto para lo del retrato, se vuelve, ve a *Gustavo* en el pedestal y lo saluda con una reverencia muy cómica). Buenos días, señor alcalde. “Oye, bajo las ruinas de mis pasiones... etc.”. (Abrazado a *Cungacunga*, que ya tomó la foto, arranca en dirección al escaño, tropezando de paso con el *Barrendero*. Pronto se duerme sobre el hombro del tonto. También dormitará *La Pizarra*).

*Barrendero* (por *El Sapo*, pero sin interrumpir la barrida). No me explico que un cuerpo sea capaz de aguantar tanto trago. Ni tampoco hay bolsillo que resista ese gasto.

*Profeta Eliseo*—El gasto es lo de menos, porque no gasta.

*Barrendero*—¿No gasta?

*Profeta Eliseo*—No. El trago se lo costean los amigos, por oírle y picarle la lengua. Cuando está en las primeras copas es alegre y agradable. Luego, cuando se pasa y se pone pesado, lo tiran a la calle, a que serene la rasca. Solo que el sereno es malo, y se la refina.

*Barrendero*—Sabrosa vida, de fiesta en fiesta y sin gastar.

*Profeta Eliseo*—¿Pero sabe una cosa?

*Barrendero*—¿Qué cosa?

*Profeta Eliseo*—Que solo puede ir a fiestas de hombres solos.

*Barrendero*—Ajá. ¿Y eso?

*Profeta Eliseo*—Las señoras le tienen miedo cuando está bebido.

*Barrendero*—¿Por lo pesado?

*Profeta Eliseo*—Por lo pesadísimo. Es de los que se vomita en cualquier rincón, y luego busca una señora para limpiarse en la falda.

*Barrendero*—No creo.

*Profeta Eliseo*—Se lo vi hacer muchas veces, y usted sabe que yo no miento. ¿Sabe lo que le pasó cuando era joven?

*Barrendero*—No se.

*Profeta Eliseo*—¿Cuento?

*Barrendero*—Cuenta.

*Profeta Eliseo*—Pues resulta que... Pero si es un cuento muy sabido entre los viejos. Usted lo debe conocer porque nació en el 84 según se lo oí contar a su papá, y como yo soy del 81 solo le llevo tres años.

*Barrendero*—Puede ser, puede ser. Pero recuerde que yo primero fui campesino, y que solo vine a la ciudad cuando ya me puse viejo.

*Profeta Eliseo*—Pues lo había olvidado. Qué memoria la mía. Le cuento entonces. Resulta que cuando don Sapo era joven, y vivían los papás—que eran personas muy distinguidas y de la mejor sociedad— y tres hermanas muy bonitas que también ya murieron, hubo la fiesta de inauguración del club, el primer club que hubo en esta ciudad. Don Sapo ya tenía fama para esa época de pesado en los tragos, de modo que la tarjeta de invitación solo decía: señor fulano de tal, señora e hijas. ¿Y sabe qué le inventaron los amigos a don Sapo con ese motivo?

*Barrendero*—No. Cuenta. (Ha terminado la barrida, arrima carrito y escobas, y toma asiento al lado del *Profeta*).

*Profeta Eliseo*—Cuento. Pues los amigos le inventaron que la tarjeta decía: señor fulano de tal, señora e hijas, sin el sapo. (Risas socarronas de los dos en la dirección de *El Sapo* que duerme sobre *Cungacunga*. El tonto, creyendo que su situación es causa de la burla, hace coro, y aprovecha para zafarse y salir. *El Barrendero* se fija en *Gustavo*).

*Barrendero*—¿Se ha vuelto loco? No es borracho como don Sapo, pero como si lo fuera.

*Profeta Eliseo*—Es poeta.

*Barrendero* (por el busto)—Poeta, ¿como ese otro?

*Profeta Eliseo*—Ni más ni menos.

*Barrendero*—¿Y por qué no espera a morirse para que lo pongan ahí?

*Profeta Eliseo*—Porque nunca lo van a poner, según dice él mismo.

*Barrendero*—Ajá. Y por eso, como sabe que no lo van a poner después de muerto, él mismo se pone en vida. De todos modos me parece que eso de poeta es estar un poco chiflado.

*Profeta Eliseo*—Chiflado o no chiflado, a nadie hace mal con estar ahí.

*Barrendero*—No, cuando está quieto y callado como ahora. Pero cuando se pone a gritar...

*Profeta Eliseo*—¡Eso sí que es bonito! Cuando se pone a gritar dice unas verdades de a puño. Me gusta. Me gusta lo que dice.

*Barrendero*—Lo que grita, querrá decir.

*Profeta Eliseo*—Así es como se deben decir las verdades: a voz en cuello. Me gusta.

*Barrendero*—Bueno, ¿pero qué es lo que grita?

*Profeta Eliseo* (con una risita socarrona)—Verdades. Verdades. Ayer, por ejemplo, a esta misma hora, estaba gritando que este es un pueblo de mierda.

*Barrendero*—¿No lo quiere?

*Profeta Eliseo*—Lo adora.

*Barrendero*—No entiendo.

*Profeta Eliseo*—Por eso mismo. Porque le duele el pueblo. Porque le duelen las burradas de los que tienen la sartén por el mango. Y le sobra razón, que harta pendejada he visto hacer yo en todos mis años. Ojalá fuera alcalde.

*Barrendero*—Pues que lo nombren.

*Profeta Eliseo*—No lo nombran. Eso hace parte de las bestialidades que he visto hacer a los gobernadores. En lugar de nombrar a este muchacho que es inteligente y de iniciativa, que es de aquí, han nombrado hasta forasteros, buscafortunas de esos que vienen a una feria a ver cómo es la cosa, y terminan por quedarse, y a los seis meses convertidos en personajes ya hacen parte del grupo de los mandones, y se ponen que no caben de la importancia. Cómo es de cierto eso de que nadie se profeta en su tierra. (Con las últimas palabras, la luz va disminuyendo hasta llegar a la oscuridad. La linterna del *Guardia*, siempre investigadora, muestra que *La Pizarra*, cuando duerme, parece una momia; un verdadero sapo *El Sapo*, ovillado en el escaño; que el *Barrendero* ronca abriendo tamaña boca; y que las bocanadas del *Profeta* siguen siendo azules. Como no encuentra a *Gustavo*, el *Guardia* se va. Llama *Luz*).

*Voz de Luz*—Gustavo... Gustavo... Gustavo... (Entra, a tiempo que retorna la medialuz).

*Luz*—Gustavo... Gustavo... Gustavo... Qué raro, *Cungacunga* me dijo que estaba aquí. (Entonces lo ve). ¡Gustavo! ¿Qué haces ahí? Ven para casa. Ya son las dos y media de la mañana. (Suena una campanada). ¿Lo oyes? Las dos y media.

*Gustavo* (con índice a los labios)—Shiss...

*Luz* (luego de breve vacilación)—¡Gustavo!

*Gustavo*—Shiss... (Ahora, además del índice a los labios, la otra mano hace un vago gesto hacia el frente).

*Luz* (que siguió la dirección de la mano, sin ver nada, a tiempo que *Cungacunga* entra y se le acerca)—Ven. Vamos a casa que ya son las dos y media. (*Cungacunga* le da golpecitos en la espalda). ¿Qué pasa, *Cungacunga*?

*Cungacunga* (indicando a *Gustavo*)—Ocupado.

*Luz*—¿Ocupado?

*Cungacunga*—Muy ocupado.

*Luz* (que no considera ocupación estar posando de estatua)—¿Ocupado en qué?

*Cungacunga*—Habla.

*Luz*—¿Habla?

*Cungacunga*—Sí. Habla mucho.

*Luz*—¿Solo? ¿Habla solo?

*Cungacunga*—No.

*Luz*—Bueno, ¿pero con quien habla?

*Cungacunga*—Habla. (Pausa). Vea. (De la caneca del barrendero toma un papel y se hace un gorro. Recoge también un trozo de madera, a guisa de espada. Y hace una caricatura de marcha militar. *Luz* desde luego, sigue sin entender. El tonto, entonces, hace un esfuerzo de vocalización). Fun... fun... funfunnn...

*Profeta Eliseo*—Fundador.

*Cungacunga* (feliz por la ayuda).—Sí, sí. (Repite la marcha).

*Luz* (al *Profeta*)—¿Que Gustavo habla con quién?

*Profeta*—Con el Fundador, mi señora.

*Luz*—¿Fundador? Ah... sueña. Querrá decir que sueña.

*Profeta*—Habla. Quiero decir que habla.

*Luz* (encarada a *Gustavo*)—¿Gustavo!

*Gustavo*—Silencio. (Más que orden, es un pedido. Y repite el gesto hacia adelante, un poco menos vago, un poco más indicativo. *Luz* se turba porque no ve nada. Nada distinto a *Cungacunga*, que por ahí vuelve con su cantinela, su yelmo y su espada).

*Luz*—¿Qué pasa, mi amor? ¿Qué pasa?

*Gustavo* (que por primera vez se da real cuenta de *Luz*, con dulzura). Vete.

*Luz*—¿Pasa algo, mi amor?

*Gustavo* (un poco forzado en la explicación)—Viene gente.

*Luz*—¿Gente? Pero si todavía no es la misa.

*Gustavo*—No hablo de la gente de misa.

*Luz*—¿De qué gente?

*Gustavo*—No se... no se...

*Luz*—¿Qué gente?

*Gustavo* (resignado a confiar su secreto)—Los fundadores.

*Luz*—¿Los fundadores? (Está lela). Entonces... (Mira al *Profeta* que le contesta con una sonrisa, mira a *Cungacunga* que vuelve a pasar). Entonces tenían razón. (A *Gustavo*, muy decidida)—Vamos a ver: ¿qué fundadores?

*Gustavo*—¿Cuáles habrían de ser? Los fundadores de esta ciudad. ¿O es que esta ciudad no tuvo fundadores? ¿Piensas que porque aquí están invertidos los valores, la ciudad no tuvo quién la fundara? *Profeta*: ¿quién nos fundó?

*Profeta*—Don Diego de Ospina y Medinilla, el 24 de mayo de 1612, lunes. Hoy cumple la ciudad 350 años de vida.

*Gustavo* (a *Luz*)—¿Lo ves?

*Luz* (suavemente)—Gustavo.

*Gustavo*—Sí, Luz.

*Luz* (sentándose en la base del pedestal, por delante, y mirando al frente, al vacío)—¿Por qué te empeñas en ser alcalde?

*Gustavo* (después de un silencio)—Porque es la última aspiración que me queda. (Pausa). Hubo un tiempo, recuérdalo, en que no aceptaba nada distinto de la presidencia de la república. (Sonríe). Presidente... (Pausa). Y fui adelgazando aspiraciones hasta quedar en esto: alcalde. (Corrige en seguida). Aspirante a alcalde. (Pausa). Mientras mis compañeros de universidad son ministros, y hasta presidenciables como Misael... Y ninguno de ellos —óyelo bien: ¡ninguno!— más inteligente que yo... yo tragado por la provincia, esperando a que un gobernador imbécil me nombre alcalde. (Pausa). Alcalde... Es una cosa tan pequeña... tan sin importancia... tantos lo han sido... que me sentía con derecho. (Pausa). ¿Sabes una cosa? Quería hacer un ensayo. Quería hacer el experimento de gobernar con amor. (Se anima). El amor viene del conocimiento, y es imposible amar lo que no se conoce. Tampoco basta al amor la noción física de la cosa. Las ciudades tienen un alma que es su pasado, su historia, el ojo de agua de las virtudes, el nombre de los fundadores y de los mártires, el sudor y la sonrisa de los abuelos. Hasta la memoria extraordinaria de gentes como el Profeta, y la profesión de mujeres como La Pizarra, y las permanentes borracheras del Sapo, y la tontera de los Cungacunga, todo eso, hace parte del alma de las ciudades, aunque no lo entiendan así gobernadores y alcaldes. Quien no conozca y ame el alma de esta ciudad, no puede gobernarla. Mira. (Baja del pedestal y empieza a mostrar con viveza). Mira: la pila, que era de piedra labrada y argamasada, convertida ahora en cuarto de baño por obra y gracia de ese horrible azulejo. La arquitectura colonial de la capilla de Santa Bárbara, cambiada por ese espantoso edificio de cemento. Las cuatro ceibas, venerables y centenarias, taladas sin misericordia, convertidas en leña. Un simple busto para el poeta. El monumento del fundador, paralizado en ese pedestal. Por todas partes obras inconclusas, por el prurito de las primeras piedras. Nunca pude entender esa comezón de las primeras piedras. Si el de la placa conmemorativa, el del discurso de inauguración, es el de la última piedra. Nada de nuevas obras, que ya hay bastante con acabar lo empezado. Y no ir a la oficina. Yo no iría a la oficina. Detrás de los escritorios, los alcaldes son peligrosos. Se vuelven importantes, así acaben de salir de una tienda de granos, de detrás de un mostrador de telas, y solo piensan en grandes empréstitos que luego malgastan. El alcalde siguiente no tiene más programa que otro empréstito más grande para pagar las deudas del anterior. Yo no iría a la oficina. Mi despacho sería la ciudad entera. Iría por calles y plazas reconstruyendo nombres —calle

de Pajijí, Calle de Tambo de Mulas, Calle del Truco, Calle de Canta Rana, Calle del Chorro, Calle Caliente— esos hermosos nombres antiguos que abolió la absurda nomenclatura moderna. Y regando placas nuevas en las esquinas para recordar nombres viejos: Calle de La Pizarra, Avenida del Profeta Eliseo, Puente Cungacunga, Taberna del Sapo Bohemio... (Pausa). ¿Sabes qué me contestó el último gobernador a quien expuse estas ideas?

*Luz*—¿Qué te respondió?

*Gustavo*—Me respondió que iba a bautizar la calle de nuestra casa con el nombre de Calle de la Quinta Porra, y que allí esperara el nombramiento de alcalde.

*Luz*—¿Esto te dijo? (Ofendida).

*Gustavo*—Eso me dijo.

*Luz* (iracunda)—¿Imbécil! ¿Y tu qué le dijiste?

*Gustavo*—Nada.

*Luz*—Cómo que nada. Has debido cantarle cuatro verdades.

*Gustavo*—¿Para qué?

*Luz*—Pues para que nunca se le vuelva a olvidar la diferencia que hay entre un intelectual y un gobernador.

*Gustavo*—Eso sí se lo hice notar.

*Luz*—Menos mal. ¿Qué le dijiste entonces?

*Gustavo*—Nada. (Mirada interrogadora de *Luz*). Nada. Nada. ¿No acabas de hablar de la diferencia que hay entre un intelectual y un gobernador? (*Luz* asiente con la cabeza). Pues ahí está la diferencia. Dentro de cien años —¡mucho menos! Dentro de 20 años— nadie sabrá que este gobernador existió. Nadie sabrá su nombre. Ni siquiera el Profeta, que para entonces ya estará muerto. Será el tiempo en que mi nombre empiece a ser conocido para toda la vida. Así será, ¡maldita sea! Tiene que ser así. Tu sabes que no es optimismo trasnochado. Así será. (Pausa). Mira: ¿has caído en la cuenta de que estamos en una encrucijada de ríos y de colinas? Tres ríos que nos refrescan y una colina oriental para que la ciudad trepe en busca de clima y de panorámica sobre sí misma. Ríos y colina están inéditos, clamando por una carretera de circunvalación, por callecitas trepadoras, escalonadas, que permitan ir despaciosamente, sin afán, mirando el paisaje. Y árboles y flores. Parques. Faltan parques. Solo tenemos este. Muchos parques con árboles y flores... con pilas. (Corre a la pila). Y agua que salte y refresque. (Con alegría, con deleite, se moja la cabeza y la cara, el cuello, los brazos, y deja que el agua le empape la camisa. *Luz*, todavía sentada lo observa. *Gustavo* le sonríe. *Luz* devuelve la sonrisa. *Gustavo* hace de la mano un cuenco, toma agua, corre hasta ella, y también la moja).

*Luz*—No, no, no. (Trata de defenderse —un poco apenas porque en realidad está encantada— y ambos acaban por reírse. *Gustavo* se le sienta al lado, y ríen. *Cungacunga*, muy alegre, voltea tocando la dulzaina. Bonachón, *El Profeta*; y como recordando viejos tiempos, *La Pizarra*, sonríen desde sus escaños. Revienta de felicidad la cara del *Barrendero*. Y hasta *El Sapo* se despierta un momento para medio aplaudir, después

de lo cual se va. Luego, cuando se les acaba la risa, y después de un corto silencio para que todos se recompongan). Ahora sí nos vamos, Gustavo. (Se levantan *Gustavo* y *Luz*).

*Gustavo* (después de vacilar)—No puedo. Ya te dije que vienen los fundadores. (Corre a su puesto del pedestal).

*Luz*—Precisamente por eso; para no estorbar. ¿No te parece?

*Gustavo*—No puedo. Tengo que hablar con don Diego.

*Luz* (terca)—Muy bien, yo también tengo que hablar con don Diego. (Otra vez se sienta en la base del pedestal). Hablaremos con don Diego.

*Gustavo*—Imposible.

*Luz*—¿Imposible por qué?

*Gustavo*—Don Diego viene con su gente... a fundar. En las fundaciones nunca hubo mujeres.

*Luz*—Si no hubo mujeres, me quieres explicar como hicieron...

*Gustavo* (cortando rápido)—Vinieron después.

*Luz*—Muy bien. Seré la excepción.

*Gustavo* (obligado a ceder en vista de la terquedad de *Luz*)—Con una condición.

*Luz*—Depende.

*Gustavo*—Mirar solamente.

*Luz*—Estaré callada.

*Gustavo*—Y escondida.

*Luz*—Me esconderé. (Se inclina a lado y lado —sin levantarse— buscando el escondite apropiado).

*Gustavo* (indicando el escaño que han ocupado *Cungacunga* y *El Sapo*)—Allí, en ese escaño, detrás del árbol.

*Luz* (corre al escaño, se sienta, une las rodillas, corrige la falda, apoya los brazos en las piernas, mete la cabeza entre las manos, mira a *Gustavo* con coquetería, y pregunta)—¿Así?

*Gustavo*—Así. Es importante que no te vean. Ni los fundadores ni el *Guardia*. ¿Me persigue, sabes? El guardia me persigue. Ayer trató de llevarme a la fuerza.

*Luz*—Nadie me verá.

*Gustavo*—Quieta y callada por lo que más quieras.

*Luz*—Lo que más quiero eres tú.

*Gustavo*—Por mi, entonces. (Le envía un beso y sonrío. *Luz* devuelve beso y sonrisa. Se contemplan unos instantes en silencio. Empieza a hacerse la oscuridad. No ven cómo el *Guardia* llega, se apoya en el pedestal, y molesta con la linterna entre el público, como si la sala también fuera parque. *Gustavo* deja la contemplación de *Luz* y se recompone —estatuario— en espera de los fundadores). Ahí llega don Diego. Hoy es el 24 de mayo de 1612. (Oscuridad).

*Guardia*—¿Eeeehh? (Y con la linterna enfoca a *Gustavo*).

*Telón. Fin del primer cuadro.*

## SEGUNDO CUADRO

Escenario vacío. Llega *El Fundador* seguido por el *Padre Fernández* —portador de una gran cruz de madera— por *Barrendero* y por *Profeta Eliseo*, doblados ahora de tropilla conquistadora por lo cual no solo estarán convenientemente rejuvenecidos sino adecuadamente armados. Como si se tratara de una gran tropa, *El Fundador* da órdenes castrenses, hace formar a los tres, pasa revista, se muestra muy satisfecho, y empieza la fundación.

\* \* \*

*El Fundador*—Que el escribano lea el acta.

*Voz del Escribano*—“Estando en la ribera del río Magdalena, en el valle de Neiva, en un sitio que está entre la quebrada que llaman del Oro y el río de las Leyva, cerca de donde entran en el río Magdalena, en 24 de mayo de 1612, el capitán don Diego de Ospina, alguacil mayor de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada, Justicia Mayor de este Distrito y Descubrimiento de Minas, en virtud de la comisión que tiene de Su Señoría el Señor Don Juan de Borja del Consejo de Su Majestad, Su Presidente, Gobernador y Capitán General de dicha Real Audiencia, dijo: que por cuanto vino a este sitio.....  
.....y habiendo visto y considerado la parte y lugar donde podría fundar ha parecido este sitio ser muy a propósito para ello, por tanto: en nombre de su Majestad el Rey Don Felipe Nuestro Señor y de su Real Corona, y en acrecentamiento della, desde agora y para siempre jamás y en virtud de la dicha comisión, fundaba, poblaba y pobló en este sitio una ciudad a la cual pone por nombre Nuestra Señora de la Concepción de Neiva para que así se llame en todo tiempo, y la pone debajo de la Real Corona y de la Gobernación del dicho Nuevo Reino de Granada y de la Real Audiencia y conforme a derecho, y posesión della mandó poner un madero que dijo ser Arbol de Justicia donde se ejecute la que se mandare hacer por los Jueces y Ministros della, y estando así puesto puso mano en su espada y con ella fuera de la vayna dio cuchilladas y golpes en el dicho madero diciendo que tomaba posesión del dicho sitio y ciudad, y que si había alguna persona que lo contradijese, que pareciese, que estaba presto a defender, continuar y sustentar dicha poblazón en nombre de su Majestad, y no parecido quien lo contradijese; y luego señaló sitio donde se haga la iglesia, y el Padre Pedro Fernández, Beneficiado que vino con la Comisión de la Sede Vacante, tomó posesión del dicho sitio de iglesia en nombre deste Arzobispado del Nuevo Reino, y todo se hizo quieta y pacíficamente, sin contradicción alguna .....  
y con una cabuya que medida tenía 33 pies, hizo ir midiendo y cuadrando la plaza que ha de tener la dicha ciudad, y a la cual dio diez cabuyas que son 333 pies por cada frente y lienzo de la dicha plaza quebrada, y luego por cada lado añadió 35 pies para las calles, y desta forma quedó cuadrada la dicha plaza, y mandó que cada cuadra de las que fueren dando y poblando sean de la misma medida de 333 pies, de forma que cada cuadra ha de tener cuatro solares cuadrados y cada solar ha de ser en cuadro, y este orden se ha de tener en el ir fundando y poblando la dicha ciudad. Y porque en todo tiempo conste, mandó que de todos los autos fechos

hasta aquí sobre la dicha fundación, poniendo por cabeza la comisión que para ello tiene, se saquen dos traslados, uno para poner por cabeza en el libro del Cabildo, y otro para enviar a su Señoría el Señor Presidente. Y así lo proveyó, mandó e firmó. Diego de Ospina. Ante mí Gonzalo Navarro”.

\* \* \*

Resulta obvio que Don Diego y su gente, y mientras en tono muy notarial demora la lectura del acta, pueden hacer un hermoso juego plástico. Don Diego, por ejemplo, ceñido al texto, se puede pasear, hacer indicaciones, ordenar que el *Padre Fernández* coloque la cruz, y que los soldados claven el madero de justicia, etc. Es oficio del *Padre Fernández* colocar “la dicha” cruz donde lo indique *El Fundador*. Y *Profeta* y *Barrendero* —los dos soldados— después de clavar el madero, y armados de la correspondiente cabuya, harán la mímica de la demarcación de la plaza. Pero sin que la farsa —porque esto al fin y al cabo es farsesco— llegue a los límites del ridículo, desvirtuando la intención del autor.

Al terminar la lectura se hace la oscuridad, menos para *El Fundador*. Mientras su gente sale, queda solo, al pie de la cruz. Piensa. Medita. Los ojos entrecerrados visionariamente se le llenan con la imagen de la ciudad —su ciudad— crecida y centenaria. Empieza a soñar en voz alta.

\* \* \*

*El Fundador*—Nuestra Señora de la Concepción de Neiva. Buen nombre. Buena patrona. Así se llama, y así se llamará en todo tiempo, por los siglos de los siglos. (Con gran entusiasmo, luego de una pausa meditativa). ¡Ea! ¡Pronto! ¡Con diligencia! Levantad presto esa capilla, que para alzarla donó fondos generosos Doña Bárbara Borja. Aquí casó ella con Don Nuño Núñez Cabeza de Vaca, y agradecida con la poblazón ordenó alzar capilla y dejó suficiente al Padre Fernández. (Aparecen al punto carpinteros y *Tramoyistas* que arman, bajo las órdenes del *Fundador*, una preciosa capillita colonial, con su pequeño atrio, sus paredes encaladas, gran puerta de madera, espadaña, campana y rejos para moverla). Será la primera iglesia de la poblazón y se llamará Capilla de Santa Bárbara, en agradecimiento a la donante, que luego de casada viajó a Quito. ¡Moveos! ¡Rápido! ¡Cortad la madera! ¡Amasad los ladrillos! ¡Preparad la argamasa! ¡Que la madera sea larga y sin nudos, de la mejor parte del monte! ¡La argamasa rica en cal! ¡Bien cocidos esos ladrillos! ¡Apu-raos! ¡Moveos! (Todo esto, improvisando si es preciso según el trabajo, mientras los obreros clavan y desclavan, quitan y ponen). ¡Cuidado! ¡Más rápido! ¡Aquí no, allá! ¡Más alto! (Ya está la capilla. Es el propio *Fundador* quien se encarama y coloca la cruz —la cruz de la fundación— en el remate de la espadaña. Agarra en seguida los rejos de la campana y ataca con vigor un repique fiestero. Cuando se le acaban los ímpetus, vuelve a recapacitar). La plaza debe tener árboles. Aquí tengo semillas de ceiba. (A medida que va sembrando por las cuatro esquinas, los *Tramoyistas* van poniendo unas ceibas bien crecidas, en cuya contemplación se abisma. Y de ese solaz le vienen otros pensamientos). Es menester que la plaza tenga fuente, para que los pobladores beban sin tener que ir al

río. Una fuente a donde lleguen las aguadoras con sus cántaros de arcilla, y donde los galanes atisben a las aguadoras y las requiebren de amores, porque también es menester que haya romances y aumente la poblazón. ¡Vamos! Alguien importante, rico y generoso que done la fuente. (Armada por los *Tramoyistas*, surge al punto la fuente, la misma del primer cuadro, con la diferencia de que ahora tiene pozo y brocal en piedra labrada. *Cungacunga* aparece con su dulzaina y toma escaño. Porque en escena vuelven a estar los escaños. Y llega *La Pizarra*, completamente joven, en los 18 años, convertida en aguadora de cántaro a la cintura. *El Fundador*, en otro escaño, se frota las manos del contento). ¡Vamos! Que esto se pone bueno.

Cuando *La Pizarra* se inclina para llenar la vasija, y aunque es notorio que ella se lo malicia, que lo espera y hasta lo desea —a juzgar por las miradas y las provocaciones— la sorprende *El Sapo*, ahora de galán, y también más joven.

*El Sapo* (tomando a *La Pizarra* por la cintura)—A que te cojo ratón.

*La Pizarra* (zafándose con presteza)—A que no, Sapo ladrón.

Y viene una persecución —provocada por ella— con todos sus aspavientos y correteos, hasta con remojones, porque echarse agua a las caras hace parte del juego, llena de gracia y de malicia. Finalmente, *La Pizarra* cede entre carcajadas y sofocos. *El Sapo*, entonces, le ayuda con el cántaro, y salen tomados de la cintura, pasando por el lado del *Fundador*, que aplaude a rabiar. Suenan disparos.

*El Fundador* (de pie, espada en mano)—¡Alto el fuego! Y explíquense quienes lo hacen sin mi orden y mi consentimiento.

*Cungacunga* (acercándosele)—Chapetones.

*El Fundador*—¿Chapetones? Españoles, querrá decir usted. (*Cungacunga*, por toda respuesta, mueve los hombros. *El Fundador* lo ve por primera vez, y lo observa con curiosidad). ¿Usted quién es?

*Cungacunga*—Cungacunga. Yo Cungacunga.

*El Fundador*—¿Y que hace usted? (*Cungacunga* se acerca al *Fundador* y le toma una foto de las que sabemos. Este, por español del siglo XVII que sea, entiende muy bien que le han hecho una grosería y se amosca, amenazador con la espada. Tampoco impide la tontera que *Cungacunga* intuya el peligro, de modo que retrocede y explica).

*Cungacunga*—Yo, foto. Yo tocar. (Toca la dulzaina y pasa enseguida a la cantinela). Cungacunga ere yo, cungacunga ere yo... etc.

*El Fundador* (que ha comprendido)—¡Vamos! (Sonríe). Si es el tonto de la poblazón. Esto sí que me alegra, porque toda ciudad que se respete debe tener su tonto. (Enumerando). Iglesia, fuente y tonto. La poblazón crece. Cungacunga, Cungacunga.

*Cungacunga*—Yo Cungacunga. Cungacunga ere yo.

*El Fundador*—Sí, Cungacunga. Decidme: ¿qué fue el tiroteo de hace un momento?

*Cungacunga*—¿Pum, pum, pum?

*El Fundador*—Si... pum, pum, pum.

*Cungacunga*—Chapetones. Chapetones pum, pum, pum.

*El Fundador*—¿Españoles?

*Cungacunga*—Pum, pum, pum.

*El Fundador*—¿Españoles pum, pum, pum?

*Cungacunga*—Sí, Pum, pum, pum.

*El Fundador*—¿Y por qué pum, pum, pum, españoles?

*Cungacunga*—Pum, pum, pum, fusilar.

*El Fundador*—¿Fusilar indios?

*Cungacunga*—Pum, pum, pum, pa... pat... patriotas.

*El Fundador*—¿Patriotas? Bueno, ¿pero qué día es hoy? (*Cungacunga* entrega el gorro al *Fundador*. Este lo despliega —es un trozo de periódico— y mira la fecha). Dios santo. Hoy es el 18 de septiembre de 1816. Cómo pasa el tiempo. (Recapacita). Ya. Estos son los caballeros que han resuelto hablar de independencia, azuzados por un tal Nariño, y se han insubordinado contra Nuestro Señor el Rey don Fernando, a quien Dios guarde. Malo, malo. (Vuelve al periódico). Todas las poblaciones del Nuevo Mundo quieren ser libres. (Medita). Libres. (Medita) Libertad. (Medita). No me parece mal, no señor. Bien. Bien me parece. Fernando allá, y nosotros acá. Sí señor, que está muy bien que la población por mi fundada en 1612 quiera ser libre. Yo la fundé para que gozara de libertades, prerrogativas y privilegios. Está bien que quiera ser libre, y que haya mártires por la libertad. Es mi sangre remozada. No podía ser de otra manera. ¡*Cungacunga*! ¡Empezamos a ser inmortales! Id y notificad al alcalde que el fundador ordena un monumento a los mártires. (En la salida *Cungacunga* se cruza con quienes traen el obelisco ya conocido en el primer cuadro. Y mientras *El Fundador* observa cómo lo instalan, llega *El Poeta*).

*El Poeta*—Buenos días, don Diego.

*El Fundador*—Buenos días. Vamos. ¿Pero usted me conoce?

*El Poeta*—Naturalmente.

*El Fundador*—Entonces usted debe ser el gobernador, que ha venido a recibirme. Créamelo que ya lo había extrañado, aunque de todas maneras se lo agradezco.

*El Poeta*—No. No soy el gobernador. Vine a saludarlo, pero no soy el gobernador.

*El Fundador*—Mil perdones. Ya se: usted es el alcalde.

*El Poeta* (en tono de reproche)—Señor...

*El Fundador*—Perdones otra vez. Es extraño. Alguna clase de autoridad debe ser.

*El Poeta*—Eso sí. Autoridad sí soy.

*El Fundador*—Dígame vuesa merced qué autoridad.

*El Poeta*—Poeta.

*El Fundador*—¡Hombre! Eso sí que está bien. Me sorprende, pero está bien. Grata sorpresa. (Haciendo cuentas con los dedos). Aumenta la

cuenta: tontos mártires y poetas. Le sobra la razón cuando se autocalifica de autoridad. Nunca oí que a Grecia se la miente por nada distinto de sus hombres de letras. Por sus poetas. ¡Oh Aristóteles Onassis! (Inconsciente de la burrada que acaba de decir —y por la cual *El Poeta* se frunce— pregunta). ¿Y cuántos libros lleva ya publicados vuesa merced?

*El Poeta*—Uno apenas, recién editado.

*El Fundador*—Buen comienzo. Os pediría uno, si no se os hubiese agotado la edición.

*El Poeta*—Eso traigo: uno. Ahora solo me quedan 996 de una edición de mil.

*El Fundador*—Cómo: ¿solo tres habeis vendido?

*El Poeta*—Regalado.

*El Fundador*—¡Inaudito! ¿Acaso esta gente no sabe leer?

*El Poeta*—Sí sabe... algunos, por lo menos.

*El Fundador*—¡Acabáramos! ¿Qué leen entonces?

*El Poeta*—El almanaque Bristol.

*El Fundador*—No lo conozco. De caballería, supongo.

*El Poeta*—Me gustaría que lo leyera. (Le da el libro). Y que lo pase usted bien, don Diego. (Sale).

*El Fundador*—Gracias joven. (Por el libro). Tierra de Promisión. (Sigue hojeando). Excelente. No es posible que solo haya podido regalarlo. (Por *El Poeta*, que ya está fuera). ¡Joven, joven! Su libro es excelente, y yo me encargaré de que se le haga justicia. ¡No faltaba más! (Dando órdenes). ¡Vamos, vamos! Moveos, alcalde holgazán: una gran estatua para el poeta. La poblazón agradecida lo inmortaliza en mármol. (No es una gran estatua lo que llega —en manos de los *Tramoyistas*— sino el modesto busto del primer cuadro. Lo cual indigna al *Fundador*). ¡Bastardo! ¡Alcalde bastardo y bellaco! ¡Eso no se le hace a un poeta! Yo dije una gran estatua, y eso reclamo. Una gran estatua que se vea desde todos los lados de la poblazón, no esa cosa pequeña y miserable, invisible desde los cuatro costados de la plaza. ¡Los fondos! ¿Qué se hicieron los fondos públicos? ¿Es que no se cobran impuestos? ¿O es que se malgastan? ¡Alcalde! ¡Alcalde bellaco y bastardo! (Sacoleva, sombrero de copa y bastón de mando —como señales de gobierno— ahí llega de afán el *Primer Alcalde*. Mas no por los gritos del *Fundador*, sino por la gente que empieza a trabajar en la pila).

*Primer Alcalde*—No se pueden seguir malbaratando los fondos en tonterías. Hay cosas más importantes. Más importante es embellecer esa porquería de pila. (El embellecimiento consiste en recubrirla con el azulejo vulgar y chillón del primer cuadro).

*El Fundador*—¿Qué hace usted? Es una hermosa pila de bronce. El brocal es de piedra de cantera, labrada y pegada con cal. El tiempo la pulió y la patinó.

*Primer Alcalde*—Precisamente. Está vieja y fea.

*El Fundador*—Eso no es cal.

*Primer Alcalde*—Es cemento.

*El Fundador*—¿Cemento? Bueno, ¿y qué es lo que pegais con cemento?

*Primer Alcalde*—Azulejo. (Como la obra está terminada, salen el *Primer Alcalde* y los *Tramoyistas*.)

*El Fundador* (luego de pasar los dedos por el brocal)—Cemento. Azulejo. Era de piedra labrada y pulida a mano. ¡Abominación de abominaciones! (Queda pensativo. Llega el *Gamonal* envuelto en una toalla, se mete entre el pozo y empieza a chapotear. *El Fundador* está desconcertado). ¿Qué hace usted?

*Gamonal*—Me baño.

*El Fundador*—¿Con qué derecho?

*Gamonal*—Hombre, como si no supiera que yo mando aquí. ¿De donde diablos sale usted?

*El Fundador* (sin hacer caso de la pregunta)—Ensucia el agua. Es para beber.

*Gamonal*—Mejor. Que beban de mi juaganza y de mis orines. Eso los hará más fieles. Son mis electores, por si no lo sabía. (Terminado el baño, se va. Martillazos por el lado de la capilla conmueven al *Fundador*.)

*El Fundador*—¡Pecado! ¡Sacrilégio! ¡Están tumbando la capilla, Padre Fernández. Excomuni6n para los bárbaros! (Sale gritando).

*Segundo Alcalde* (que lleva —como el primero— levita, sombrero y bast6n de mando, por el hotel con que están remplazando la capilla)—¿Se ve mejor eh? Un bello hotel de turismo. (Sale).

*Primer Alcalde* (en cada una de las ceibas)—Estorba. ¡Fuera con ella! Estorba. ¡Fuera con ella! Estorba. ¡Fuera con ella! Estorba. ¡Fuera con ella! (Los *Tramoyistas* hacen desaparecer las ceibas. Llega el *Segundo Alcalde*, quita al primero los símbolos del mando, es decir, el sombrero de copa y el bast6n, y lo saca).

*Segundo Alcalde*—Hay que sembrar ceibas. (Los *Tramoyistas* hacen aparecer unas ceibas pequeñitas). Tardarán 20 años en crecer, pero no importa. La ciudad necesita sombra. (Vuelve el *Primer Alcalde*, recupera sus prendas, y saca al segundo).

*Primer Alcalde*—Ceibas. Tardarán 20 años en crecer, y la ciudad necesita sombra. En este clima lo único que sirve es el cámbulo. No importa que también demore 20 años. (Ahora los *Tramoyistas* ponen cámbulos en remplazo de las ceibas pequeñas. Vuelve el *Segundo Alcalde*, y hay cambio de prendas).

*Segundo Alcalde*—La ciudad no necesita árboles sino flores. (Aparecen los *Tramoyistas* que quitan los cámbulos y colocan unas macetas enanas. Regresa el *Primer Alcalde* y hay cambio de prendas).

*Primer Alcalde* (por el madero de justicia, que todavía está allí)—Hay que quitar ese estorbo y poner algo útil. (El madero es remplazado por un hidrante o boca de riego. Cambio de prendas con el otro alcalde).

*Segundo Alcalde* (a quien casi atropella *Niña Primera en triciclo*)—¡Señales de tránsito! ¡Hacen falta señales! (En el sitio del hidrante colocan una flecha en la direcci6n de la niña. Cambio de alcalde mediante el consabido cambio de prendas).

*Primer Alcalde* (a quien casi atropella *Niña Primera en triciclo*, ahora de regreso)—¡Absurdo! El tránsito no debe ser en este sentido sino en este. (Los *Tramoyistas* vuelven la flecha. Cambio de alcalde).

*Segundo Alcalde* (casi atropellado por *Niña Primera en triciclo* y *Niña Segunda en triciclo*, en el momento de cruzarse)—¿A quién diablos se le ocurrió esto? No es posible tránsito encontrado por la misma calzada. Aquí debe haber dos calzadas, y doble vía. (Se colocan las dos flechas, y hay cambio de alcalde, siempre con el consabido cambio de prendas).

*Primer Alcalde* (a quien enloquece un intenso tronar de pitos y bocinas)—¡Semáforos! ¡La ciudad necesita semáforos! (Semáforo en lugar de las flechas, y cambio de alcalde).

*Segundo Alcalde*—¡Empréstito de cinco millones para una gran obra! (Cambio).

*Primer Alcalde*—Empréstito de diez millones para pagar el empréstito anterior. Cambio, que naturalmente se va haciendo más rápido, al punto que los alcaldes ya no alcanzan a salir de escena).

*Segundo Alcalde*—¡Empréstito de quince millones!

*Primer Alcalde*—¡Empréstito de veinte millones! (Sigue aumentando el ritmo. Ya los alcaldes no hacen otra cosa que quitarse y ponerse sombrero y bastón, uno al lado del otro).

*Segundo Alcalde*—¡Empréstito de treinta millones! (Se inicia entre los alcaldes una puja desconcertante: ¡cuarenta, cincuenta, ochenta, cien millones! La tremolina hace que sombrero y bastón entre la puja de los millones, rueden por el suelo. Los recoge *Gustavo*).

*Gustavo*—¡El Fundador necesita un monumento! ¡Manos a la obra! (Los *Tramoyistas* colocan el pedestal del primer cuadro. En ese momento, los dos alcaldes, repuestos de la sorpresa de ver a *Gustavo* de alcalde, lo despojan de las prendas y suspenden la operación monumento).

*Primer Alcalde*—¡Alto!

*Segundo Alcalde*—¡Alto!

*Primer Alcalde*—¡Fuera con eso!

*Segundo Alcalde*—¡Nada de gastos inútiles!

*Los dos Alcaldes* (arreando a *Gustavo* fuera de escena)—Fuera también. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! (Oscuridad).

*Telón. Fin del segundo cuadro.*

### TERCER CUADRO

Este cuadro empata con el primero. Es su continuación lógica. Por lo tanto...

\* \* \*

*Gustavo*—Ahí llega don Diego. Hoy es el 24 de mayo de 1612.

*Guardia*—¿Eeehh? (Y con la linterna enfoca a *Gustavo*). ¡Ajaaa! Con que don Gustavo otra vez de estatua, y otra vez equivocando las fechas. Pues en cuanto a lo de la fecha le diré que hoy no es eso que dice.

Hoy es... déjeme ver... (Vacila, se rasca la cabeza, busca un periódico en el carrito del *Barrendero*, y se acerca al farol que poco a poco va haciendo la luz. Lee). 24 de mayo de 1962. Claro, claro. Ya decía yo. Ya decía. Los periódicos nunca se equivocan. Bastantes años de diferencia que hay entre 1962 y ese mil seiscientos no se cuantos. Dios santo. Las cosas que hace el licor. Y en cuanto a lo otro, eso de estarse encaramando ahí, como si fuera una estatua, que también es cosa del trago, y que usted no haría en su sano juicio, tengo la orden de hacerlo bajar antes de que empiece con los gritos y los escándalos, como todas estas noches pasadas, en que nadie pudo dormir en las vecindades del parque, ni pudieron los de la misa oír el sermón, por lo cual el señor cura se quejó ante el alcalde, y por lo cual me dieron la orden de que no más borrachos en el parque.

*Luz* (desde el escaño)—Gustavo no está bebido.

*Guardia* (vuelto con parsimonia hacia *Luz*, y luego de reconocerla). Mi señora doña Luz, muy buenas noches. Mejor dicho, muy buenos días. Porque ya son días, ¿verdad?

*Luz*—Sí, ya dieron las tres y media.

*Guardia*—Por curiosidad, solo por curiosidad: ¿buenos días de qué día?

*Luz*—Buenos días del 24 de mayo de 1612.

*Guardia* (en medio de un gran sofoco)—¡Borracha! ¡Los dos están borrachos!

*Luz*—Respeto. No se le olvide quién soy. Y Gustavo tampoco está bebido.

*Guardia*—Perdone, perdone mi señora doña Luz. Me zafé. Es que... estoy acostumbrado a que a estas horas, tan tarde, solo vienen al parque los borrachos y... (por *La Pizarra* que duerme) y esas. Y como don Gustavo ya lleva sus madrugadas de estar encaramado ahí, para gritar como un borracho, pues... pues, pues que me perdone, mi señora doña Luz.

*Luz*—¿Ha venido al parque todas estas noches?

*Guardia*—Todas.

*Luz*—¿Y dice que gritaba?

*Guardia*—Muchísimo.

*Luz*—Pobrecito. ¿Y qué gritaba?

*Guardia*—Cosas.

*Luz*—¿Qué cosas?

*Guardia*—Cosas de alcaldes, de fundadores, de estatuas...

*Luz*—¿Qué más?

*Guardia*—Gritos. Ya le conté que acabó con el sermón y no dejó dormir a nadie en la cuadra.

*Luz*—¿Y qué más?

*Guardia*—Malas palabras. Groserías, mi señora. No me obligue a que se las repita.

*Luz*—Le prometo que hoy no grita. Déjelo tranquilo, y yo me lo llevaré más tarde.

*Guardia*—Como usted mande, mi señora doña Luz. Buenos días. (Al salir se acerca al *Profeta*). *Profeta*, ¿qué día es hoy?

*Profeta Eliseo*—24 de mayo de 1612. (El *Guardia* da un bufido, tira el trozo de periódico y sale).

*Barrendero* (precipitándose a recoger el papel)—¡Infeliz ¡Miserable! El espinaso te voy a romper. Como si le pagaran por hacer basura. No sabe hacer sino eso: tirar los papeles que yo me mato en recoger. Solo eso sabe. Y ser grosero con las señoras.

*Profeta Eliseo* (muy socarrón)—¿Sabe lo que le pasó hace tiempo, con una señora aquí en el parque?

*Barrendero*—Alguna barbaridad, supongo. Pero cuente.

*Profeta Eliseo*—Cuento. ¿Pero para qué le cuento si eso lo debe saber usted que viene a barrer todas las noches?

*Barrendero*—Yo primero fui campesino, recuerde. Antes de ser barrendero vivía en el campo.

*Profeta Eliseo*—Es verdad. Qué memoria la mía. Además, de esto que le pasó al *Guardia* ya hace sus años. Cuento.

*Barrendero*—Oigo.

*Profeta Eliseo*—Resulta que los jueves, a la hora de la retreta, que cuando había retreta —que ahora no la hay como usted bien sabe— era de ocho a nueve de la noche, las señoras venían al parque... por la música... y por tomar algo de aire. Bueno, resulta que las vagabundas resultaron con el mismo gusto de las señoras, y también venían al parque. Reunión de señoras para discutir el asunto, y solicitud al alcalde para que pusiera remedio. El alcalde llamó entonces al *Guardia*. Que abriera el ojo, le dijo, para evitar que las vagabundas vinieran al parque a las horas de retreta, y evitar la incomodidad de las señoras. ¿Y sabe qué pasó?

*Barrendero*—No. No tengo la menor idea.

*Profeta Eliseo*—Pues pasó lo siguiente: que a la primera retreta, las vagabundas siguieron paseando como si tal; y el *Guardia* sacó del parque a una señora que iba de brazo con el marido. (Risas). Y a pesar de los gritos y las protestas del marido. (Más risas). Al día siguiente, después de que los ofendidos pusieron la queja al alcalde, gran regaño para el *Guardia*. ¿Y sabe qué dijo el *Guardia* a manera de explicación?

*Barrendero*—¿Qué dijo?

*Profeta Eliseo* (entre risas)—Pues que él no era capaz de distinguir una señora de una vagabunda. (Risas de los dos). Eso dijo. Y que si querían que no volviera a equivocarse, que le dieran un putómetro. (Risas). El alcalde se la perdonó, porque sabía que la equivocación del *Guardia*, al fin y al cabo, no era mucha equivocación. (Más risas. De la iglesia vecina viene el primer toque a misa).

*Barrendero*—La misa.

*Profeta Eliseo*—La misa.

*La Pizarra* (que ha despertado)—La misa.

*Cungacunga* y *El Sapo* (que aparecen —abrazados— por alguna parte)—La misa. La misa.

Encabezados por *Cungacunga* y *El Sapo*, que arrancan a cantar, cada uno por su lado —*Cungacunga* ere yo, *cungacunga* ere yo... etc. “Oye, bajo las ruinas de mis pasiones... etc.— *La Pizarra*, *Barrendero* y *Profeta*, desfilan lentamente hacia la iglesia. Sombras presurosas —por el fondo— llevan el mismo camino. *Luz*, ovillada en el escaño, se ha dormido. *Gustavo* sigue estatuario en el pedestal. Llegan los *Tramoyistas* y empiezan a desmontar y retirar la pila. *Cungacunga* regresa de afán y llama la atención de *Gustavo* tirándole piedrecillas.

*Gustavo*—¿Qué ocurre, *Cungacunga*?

*Cungacunga*—¡Pila! ¡Pila!

*Gustavo*—¡La pila! Se roban la pila.

*Primer Alcalde* (que dirige a los *Tramoyistas*). La quitan por orden mía.

*Gustavo*—Pero si es un adorno, con todo y sus azulejos.

*Alcalde*—Es fea y estorba. (Se desentiende de *Gustavo* para dirigir la colocación de una estatua en el sitio donde estuvo la pila. *Gustavo*, creyendo que al fin se trata del monumento al Fundador, se baja del pedestal. *Luz* ha despertado y se le une).

*Gustavo*—El Fundador. La estatua del Fundador. Al fin don Diego tiene una estatua.

*Primer Alcalde*—No sea estúpido. Qué fundador ni qué niño muerto. Anoche hubo cambio de gobierno, y ahora manda el general. (Sale con los *Tramoyistas*. Sobre la estatua del general, constelado de alamares, charreteras y condecoraciones, se hace una luz vivísima. *Gustavo* y *Luz* están atónitos.

*Cungacunga*—*Cungacunga* ere yo, *cungacunga* ere yo, *cungacunga* ere yo... (Se ilumina el pedestal y ahí está ahora el tonto, como antes *Gustavo*). *Cungacunga* ere yo... ¡Retrato! ¡Retrato! (Y *Cungacunga* le hace una soberana pistola al general. (Telón).

*Fin de la obra.*